

TERRITORIO EXCLUSIVO

CUENTOS

ALEJANDRA BASUALTO

Registro de Propiedad Intelectual N° 78.700

ISBN 956-7158-01-K

Editorial La Trastienda

Santiago, septiembre de 1991

Fotografía y diseño de portada: Luis Ladrón de Guevara

ÍNDICE

El pez dorado

Réquiem para unas manos

Castillos de arena

Mujeres grandes

Plumas

Todo allí en la noche

Yocasta

Crepuscular

Estigia Siglo XX

Mascarada

La venganza

Madreselvas

Galatea

Cuarto menguante

El protagonista

EL PEZ DORADO

CUANDO SU ESPOSA LO ABANDONÓ, se mudó a un sexto piso de la calle Merced, frente a una tienda de peces ornamentales. Todos los días, al dirigirse a su trabajo, atravesaba la calle esquivando los automóviles que pasaban raudos a tan temprana hora, y se detenía unos minutos frente a la vitrina a observar los acuarios repletos de pececillos de diversos colores. De alguna manera, esto lo tranquilizaba y aliviaba su mente del insomnio de la noche anterior. Los veía deslizarse suavemente entre las algas, moviendo sus colas tornasoladas. Algunas veces se dirigían rectamente hacia él y lo escrutaban con esos ojos pequeñísimos, pero tan llenos de vida. Se preguntaba qué querrían comunicarle esas miradas. Se quedaba contemplándolos como hipnotizado, hasta que un bocinazo lo volvía a la realidad y emprendía rumbo a la oficina.

El día generalmente transcurría lento pero azaroso. No podía concentrarse en las páginas llenas de números, y sus informes salían cada vez más atrasados. Su jefe comenzaba a perder la paciencia, aunque conocía el infierno por el que atravesaba su ayudante. Las secretarias lo miraban con lástima cuchicheando a sus espaldas, y los compañeros, que al comienzo se esforzaban en consolarlo invitándolo a una cerveza después del trabajo, pronto se aburrían ante su mutismo y lo dejaron solo. El tiempo debería encargarse de sanar sus heridas. Y él lo prefirió así. Se solazaba recordando su antigua vida en la casita de Ñuñoa, con sus hijos revoloteando alrededor y su esposa, que si bien no era la compañera ideal, por lo menos siempre estaba allí. Pero de pronto, todo cambió. Ella lloraba por las tardes y se volvió inaccesible y violenta. Así la situación, una noche se desencadenó una escena tormentosa, durante la cual ella le gritó que ya no soportaba más su vida plana y desprovista de emociones. Ella quería una existencia más movida, con nuevas amistades. Deseaba recuperar algo de su juventud perdida entre pañales, cuentas por pagar, y una libreta de ahorros que le restringía sus anhelos

de ropa nueva y salidas nocturnas. En fin, soñaba probar la independencia. Y él tuvo que mudarse y asumir una vida de soltero a los cuarenta, sin ganas de salir ni de ver a nadie.

En las noches, desde su ventana contemplaba la vitrina iluminada de la tienda de enfrente. Cuando llovía y estaba especialmente nostálgico, bajaba los seis pisos por la escalera, evitando encontrar a los vecinos en el ascensor, y acudía a mirar los peces, siempre protegidos en sus esferas de cristal.

Una mañana de sábado por fin se decidió. Volvió nervioso a la tienda y no supo qué pedir al empleado. Estuvo largamente observando las peceras llenas de variados especímenes, hasta que un pececillo dorado llamó su atención. Compró todo lo necesario y regresó con su paquete al departamento. Colocó la pecera sobre la repisa de los libros y enchufó el cable a la red de energía. Se encendió la luz interior y vio maravillado cómo el pez comenzaba a bailar entre las pequeñas plantas. Con sus dedos esparció delicadamente una pizca de alimento sobre el agua y se sentó a contemplar cómo la boca diminuta iba cogiendo el fino polvo de oro. Estuvo largamente sometido a la extraña sensación de compartir, de ahora en adelante, su existencia con aquella criatura mínima, que sin embargo lo ataba a este mundo con nuevas responsabilidades. Y se sintió súbitamente alegre. Este ser lo sujetaba a la tierra, lo convertía en cómplice de sí mismo. Tendría que preocuparse de asear la pecera, mantener la temperatura adecuada y alimentarlo diariamente.

Los domingos visitaba a sus hijos y generalmente los llevaba al zoológico o a ver una película. Sin embargo, el domingo que siguió a la llegada del nuevo huésped, decidió que los llevaría a su departamento para mostrárselos. El recinto era demasiado pequeño para contener el asalto de tres niños y se inquietaba pensando cómo haría para entretenerlos durante toda la tarde.

Pero el pez fue suficiente. Los hijos, fascinados, introducían sus dedos en el agua y la agitaban para conseguir que el habitante escondido entre las algas se moviera, y éste no se hacía esperar. Desplegaba su

dorada belleza ante los ojos expectantes, con un gracioso movimiento de aletas y de cola. Luego se dirigía en picada contra el vidrio y los miraba recto, ojos contra ojos. En premio, recibía inmediatamente un puñadito de comida. Pronto llegaba el atardecer y con ello la hora de llevar los niños a su madre. Éstos se despedían del pez y corrían escaleras abajo, hasta la dulcería de la esquina, que nunca cerraba los domingos, donde se aprovisionaban para el viaje a casa.

Insensiblemente, su vida comenzó a cambiar. En las mañanas cantaba en la ducha y se preparaba un succulento desayuno. Mientras comía, le hablaba a su compañero, filosofaba sobre las rarezas de un hombre solitario, ironizando sobre sí mismo. Luego, le exponía detalladamente sus próximos movimientos y planes inmediatos, y aun le explicaba asuntos de la oficina que lo preocupaban. Acostumbraba a poner la radio Beethoven al levantarse, y pronto se dio cuenta de que al pez le gustaba la música, por el rítmico baile de su cola al compás de una sonata o de una fuga. Decidió entonces dejar la radio encendida durante su ausencia para acompañarlo. Cuando regresaba en la tarde, el pececillo lucía ansioso —podría jurarlo—, aunque no se lo había contado a nadie para no aumentar su fama de excéntrico.

Algunos meses pasaron sin que el hombre notara nada extraordinario, excepto que su vida ya no estaba en absoluto vacía. La compañía del pez llenaba todas las horas y el amargo recuerdo de la esposa se había vuelto difuso. Cuando intentaba evocar cómo habían sido las cosas, no lograba hilar los acontecimientos y su mente tendía a evadirse. A las mujeres hay que tratar de comprenderlas, se decía pensativo, mientras observaba a su ex esposa arreglándose para salir, cuando él acudía por los niños los fines de semana.

El dolor ya se había ido. No añoraba presencia alguna. Hasta la visita a sus hijos comenzó a parecerle una obligación que debería tratar de eludir. Él era feliz con su breve acompañante, que le brindaba la paz de espíritu que necesitaba. La música parecía unirlos indisolublemente. Comenzó a probar con diferentes autores. El pececito se alegraba con

Bach, se entristecía con Mussorgsky, Bartok lo ponía nervioso y bailaba con Satie. Todas las tardes se quedaban oyendo música hasta pasada la medianoche. Cuando se acababa el disco, apagaba la luz y susurraba las buenas noches a su compañero de soledad.

Una mañana especialmente luminosa, le pareció ver que el pececito lucía algo diferente. No supo precisar en qué residía la diferencia y, luego de encogerse de hombros, le tiró un beso de despedida y salió. Al volver a casa, abrió la puerta y, antes de encender la luz, vio la pecera brillante, pero el pececillo no aparecía. Estaba escondido entre las algas. Pulsó el botón de la luz y se acercó a la repisa para ver mejor.

Acarició el vidrio con sus dedos y muy suavemente comenzó a llamar: ¡Susana, Susana!', pero el pez permanecía oculto. Introdujo su dedo índice dentro de la pecera y agitó el agua levemente: '¡Susana, Susana! ¿quieres que te dé tu comida?' Tomó el delicado alimento y lo sopló sobre la superficie del agua. Entonces Susana apareció. La contempló un instante, embelesado. Tuvo que pestañear dos veces y un sudor frío le subió por la espalda hasta la nuca. Una pequeñísima mujer, una sirena, había emergido de entre las plantas. Nadó hasta rozar con sus labios el vidrio de la pecera y arrugó la boca en un beso inconfundible.

RÉQUIEM PARA UNAS MANOS

ÉL ERA GRANDE Y AMARILLO y tenía las manos tibias. Y ella lo amaba. Lo amaba por casi una década, dentro de la que hubo muchas inundaciones de calles y carreteras, un terremoto en el área metropolitana, y varios veranos tórridos, durante los cuales ella jamás habría abandonado su casa a las siete de la tarde si no fuera porque tenía cita con él. (Aquí el narrador se reserva el derecho de omitir detalles sobre el origen y tipo de relación que los unía, para no herir los sentimientos de la esposa de él ni del marido de ella).

Durante la inundación de 1986 y estando ellos ensimismados en su burbuja de sentimientos y silencios arrastrados, sonó el teléfono incesantemente, pero él no respondió, hasta que el ruido se detuvo. Sin embargo, la campanilla volvió a sonar tan violentamente en medio de los truenos, que no tuvo más remedio que contestar. Era la esposa alarmada por las noticias de la televisión: mostraban cuadros desoladores de calles anegadas, árboles caídos y automóviles detenidos en medio del agua. La respuesta escueta, casi brusca de él, le indicó a ella que estaba transgrediendo las normas y que se hallaba en medio de una situación estrictamente familiar. Pero él no era hombre de sometimientos y, sin mayores explicaciones, volvió a sumergirse en la burbuja irisada por la blanda luz de la lámpara.

Sus manos eran tibias. Delicadas. A ella le gustaba sostenerlas en medio de la desolación, cuando todo afuera era precario, cuando las voces del mundo no bastaban para cobijarla. Entonces aferraba esas manos, haciendo caso omiso del sudor que las iba contagiando a medida que crecía el golpeteo de sus corazones. Ella estaba segura de que él había entrado en el juego, a pesar de guardar silencio.

Y ella lo amaba con la tozudez que manifiestan las mujeres insatisfechas. Por años esperó que la tomara en sus brazos y la besara; por años soñó con su sexo rubio en su boca, en sus piernas, en el

afiebrado alacrán de su vientre. Pero él guardaba las distancias. Sólo sus ojos la transitaban en una llamarada ardiente que la dejaba temblando.

Ella era buena para escribir cartas. Solía escribir largas misivas en papeles anchos y blancos, siempre mecanografiados y sin firma. Él las leía con atención, y trataba de ocultar en su rostro algún indicio que manifestara sus reacciones; pero ella lo espiaba, interpretando cualquier movimiento de sus pestañas, cualquier breve temblor de su mano, o cualquier salto en el ritmo de su respiración.

El tenor de las cartas era, con algunas variaciones, básicamente el mismo (mas el narrador no puede revelarlo). A continuación, sostenían largas conversaciones al respecto, y ella sentía que él se le escurría por territorios como de nieve recién caída.

Así las cosas, alguien le susurró a ella que él tenía rasgos de homosexualidad tal vez no asumida y que no le gustaban las mujeres. Esa idea también había cruzado por su mente cada vez que oía su voz de junco dormido y observaba sus ademanes asordados, sin brusquedad alguna; pero la rechazaba luego, con la certeza de que hay hombres así, delicados en su ternura, hombres de aire, transparentes en su permanencia vital.

Ella era de fuego, sin embargo. Violenta y directa como la flecha de su Sagitario, y decidió un día que se iría para siempre. Para siempre duró un mes en que se vio sumergida en medio de organizaciones feministas, reuniones circulares y discusiones estructuralistas que le taladraron los sesos, pero dejaron su corazón intacto en la añoranza. Y regresó. Él la acogió con su sonrisa de siempre, como si aquel intervalo absurdo jamás hubiera ocurrido.

Y así transcurrieron los meses, en los cuales ella sufrió períodos de delgadez infinita, períodos en que si no hubiera sido por el faro de las manos que la acogían, las palabras justas, los silencios precisos, ella habría sucumbido. Ambos se zambullían en el círculo perfecto de las emociones, sin resbalar, como sabiendo que el contacto de las manos les daba la redondez necesaria para seguir viviendo.

De pronto, una tarde las manos de ella se enfriaron. Los médicos dijeron que un desorden hormonal, que la circulación, que la falta de peso... (aquí el narrador no tuvo acceso a la ficha privada de los facultativos y no puede dar detalles exactos del origen de su enfermedad ni de su posterior evolución ni tratamiento).

El caso es que ella comenzó a cambiar. Le dijo a él que necesitaba tiempo para estar sola, que otras actividades la requerían por algunos meses, y empezó a distanciar sus encuentros. Él, aparentemente, no lo resintió, pero con el correr de las semanas ya no pudo soportarlo. Una tarde de abril de 1989 la llamó intempestivamente a una cita no acordada, cosa que se salía de sus cánones establecidos. Ella casi no pudo acudir, mas la fuerza de la costumbre de cumplir con sus obligaciones (nótese: ella lo tomó como una obligación), la hizo postergar otro compromiso casi tan ineludible como misterioso (el narrador no considera necesario suministrar antecedentes sobre estas nuevas actividades), y acudió puntualmente a las siete.

Al ser requerido por esta reunión fuera de pacto, él dio algunas explicaciones tan atropelladas como absurdas. Dijo que se había confundido, que no estaba seguro de la fecha acordada, que..., aunque ella no le creyó ni por un segundo. El jamás dejaba estas cosas al azar. Tenía su tiempo perfectamente controlado porque era un reloj viviente.

Las palabras se deslizaban con raros matices. Él la observaba esperando algún brillo especial en sus ojos. Alguna lágrima tal vez. Pero nada, ella tenía los ojos secos y una sonrisa que manejaba la situación.

Luego vino el rito de las manos. Las manos de él no pudieron entibiar la delgada piel de ella sobre los huesos helados de sus dedos. Ella sintió que sus manos nunca más serían contagiadas por calor alguno. Estaban condenadas a los hielos eternos.

Y casi tristemente, pero con voz osada, que la sorprendió a ella misma, dejó escapar las palabras definitivas. Había decidido que no volvería.

CASTILLOS DE ARENA

ELLA SE SIENTA AL BORDE DE LA DUNA, hasta donde llega la ola y construye castillitos de arena. Algunas veces los niños se le acercan y le hacen preguntas que va respondiendo con tono pausado, como si repitiera una lección aprendida de memoria. Los niños, perdido el interés, se alejan tras la pelota que saltó vibrante detrás de una roca o continúan con sus juegos a la orilla del mar.

Todos los días ella vuelve al mismo lugar y recomienza sus construcciones con la misma perseverancia. Coge plumas de gaviotas y va colgando puentes levadizos que comunican al castillo con los terrenos del pantano, donde viven los súbditos, las enormes hormigas negras que pululan sobre la arena. Y allí se queda, con sus extraños trajes de gasa, absorta en los avatares de las olas, hasta que sube la marea y las aguas carcomen poco a poco la base del castillo. Luego se desploman las almenas y las torres, hasta que no queda más que un montículo húmedo desde donde saltan algunas pulgas de mar.

Yo la observo desde mi cabaña por la ventana del oriente, mientras bebo mi café o lavo los platos del almuerzo. Cuando pongo la mesa para el té, ella todavía está allí ensimismada, con sus ojos lejanos y su pelo largo y rubio ondeando al azote del viento. Todos sabemos que invierno o verano, allí estará cada día, y mi corazón se encoge siempre que la veo.

Cuando el sol decae en el horizonte y el cielo se vuelve rojo, es su hora de volver a casa por el sendero cobijado de pinos.

Algunas veces los pescadores con sus redes al hombro, repletas de machas y erizos, la siguen entre los árboles más allá de las dunas. También algunos adolescentes de veraneo corren tras ella haciendo mofa de su extraña indumentaria y le gritan obscenidades.

Es invierno cuando noto la diferencia. No hay bañistas ni paseantes en la playa. Desde mi ventana sólo distingo la bruma y la figura solitaria jugando con sus manos. Se pone de rodillas para amasar la arena y entonces me doy

cuenta. Su vientre voluminoso se destaca ceñido por el viento en su amplia falda de tules.

Abro la ventana y la oigo cantar.

MUJERES GRANDES

FRENTE AL ESPEJO, rojo nacarado en los labios. Rojo brillante, incandescente, y el rojo se me sube por las piernas y me quema la piel. Roja la niebla que empaña la luna de azogue en la cual me miro los ojos muy pintados de verdes y lilas. Roja la sangre caliente, quizás por qué, subiendo y subiendo hasta mis mejillas que arden y arden, mientras tú, con un espejito de bolsillo vas rasurando cuidadosamente tu pubis castaño y los pelitos caen sobre el piso blanco del baño.

Te miro con envidia. Mi pubis suave y rosado no muestra aún señales de vello y eso que soy cinco meses mayor que tú. Y me dices orgullosa que tu nuevo traje de baño amarillo es muy transparente y que, si no te rasuras, el agua de la piscina dejará al descubierto tu mancha oscura, tus indicios de mujer grande. Y te miro descaradamente ese pubis redondo, esa vulva de muñeca enjabonada, que va quedando tersa, y me dan ganas de tocarte, para saber si eres tan suave como yo, pero el rojo se me sube a las orejas y desvío la mirada.

Te pruebas el traje de baño. Noto cómo tus caderas rellenan la malla y tus pezones endurecidos levantan protuberancias en la parte superior de la tela estirada. Pienso en mi traje de baño del verano pasado. Horrible mezcla de azules y celestes ya desteñidos, que me envuelven sin mayor ostentación. Habría que probarlo una vez más. Quizás este año se me note más relleno. Pero no tiene caso. Me vuelvo de espaldas a ti y toco mis pechos con la esperanza de tener pezones puntiagudos y firmes. Nada. O sí, tal vez un poco...

Froto y froto y de pronto emergen las puntitas duras que harán florecer mi traje de baño, aunque sea viejo. Levanto los ojos al espejo y veo tu cara observándome. Hay una sombra oscura en tu mirada y una extraña sonrisa en tu boca. Y estás tan roja como yo, o será tal vez el vaho rojo que empaña mis propios ojos a través de los latidos fuertes de mi corazón. Sin decir palabra, nos vestimos rápidamente. Hay que lavarse la cara, sacarse todos los cosméticos y poner expresión de inocencia, porque alguien está introduciendo una llave en la cerradura de la puerta de calle.

PLUMAS

DESDE QUE LEYÓ EL FEDRO comenzó a soñar con plumas. Estas se salían de los almohadones para volar por la habitación, formando una nube espesa que lo hacía estornudar. Varias veces repitió el mismo sueño con pequeñas variantes. En algunas ocasiones veía el forro del edredón azul que cubría su cama carcomido por cientos de polillas. De los orificios fluían las plumas como un haz de luz que se cernía sobre su cuerpo dormido, y lo despertaban. El instante del quiebre hacia la vigilia lo dejaba perplejo. Sus ojos horadaban la oscuridad de la noche tratando de coger el rayo luminoso que brotaba del sueño. Pero la noche era quieta. Algún ladrido a lo lejos terminaba por devolverle la conciencia. Entonces rememoraba el sueño, pero éste iba perdiendo nitidez. Se borraban las aristas y pronto quedaba convertido en un blando globo que lo empujaba de regreso a la tibieza de las sábanas, hasta que volvía a dormirse.

Otras noches eran pobladas por sueños eróticos, en los que se encadenaba a un cuerpo sin rostro, en oscuros juegos que llenaban sus sentidos. Entonces se veía entrelazado a aquel torso sobre una cama extraña, sin almohadones ni cojines, en una habitación que no era la suya. De pronto se desdoblaba para observar la escena desde un rincón del cuarto. Las figuras comenzaban a emanar fluidos pestilentes que lo estremecían. Se llenaba de pavor y trataba de llamar la atención a su propio cuerpo para liberarlo. Estallaba en gritos casi dementes, mas no se oía sonido alguno. Intentaba alcanzar la puerta, pero ésta se alejaba de sus pasos que recorrían la habitación, ahora circular. Y así quedaba en agonía hasta que el timbre del despertador lo sacaba de su trance. Sudoroso, demoraba un par de segundos en abrir los ojos. El amanecer palidecía tras la cortina de la ventana de enfrente. Algunos automóviles ronroneaban ya por la calle, y él, recobrada la conciencia, se disponía a levantarse, con un sabor amargo en la boca, y se maldecía por haber bebido en exceso la noche anterior.

Sin embargo, después de algunas jornadas especialmente plácidas o cuando sentía su espíritu en paz consigo mismo, retornaba al sueño de las

plumas, blancas o multicolores, grandes o pequeñas. Pero los sueños se repitieron tanto, que comenzó a preocuparse. Acudió a un analista freudiano, pero no obtuvo ninguna explicación satisfactoria. Comenzó a perder peso y a palidecer. Esperaba angustiado la llegada de la noche, porque ya las plumas se habían vuelto una pesadilla.

Una vez soñó que era una gallina en medio de sus congéneres, en un gallinero de campo. De pronto apareció la cocinera con una niña de unos ocho años, con la clara intención de escoger el almuerzo del día. Corrió y corrió, pero la cocinera le dio alcance, y la atrapó. La niña suplicó a la cocinera que la dejara torcerle el pescuezo. La gallina pensó que ésta era su ocasión de huir. La cocinera dudó un instante, y luego entregó el ave a la niña que, sin vacilar, tiró con todas sus fuerzas del cogote hasta arrancar la cabeza. Esta quedó allí, manando sangre, entre los dedos infantiles, mientras el cuerpo, aún con vida, escapaba aleteando, hasta caer, ya sin fuerzas, bajo las ponederas. Despertó con el corazón que se le salía por la boca. Aterrorizado, decidió que se haría vegetariano.

De esta manera, emprendió un estilo de vida ascético que lo hizo rehuir las reuniones sociales con amigos y familiares. Se dedicaba a la lectura y a la música, encerrado en el altillo que le servía de dormitorio. Abandonó su trabajo y comenzó a vender algunos bienes para subsistir.

Ahora los sueños se tornaron más amables. Su reencuentro con la naturaleza había suspendido las pesadillas, iniciando una contemplación beatífica de las cosas simples. Se preocupaba del jardín, cuidando con esmero los rosales y azaleas. Sus plantas de interior se desarrollaban hermosas y firmes, y cuando llegó la estación, sus naranjos abundaron en frutos jugosos.

Una noche de invierno sueña con los ángeles. Estos invaden la habitación y rodean su cama. Puede ver las alas enormes que salen de sus ingrátidos omóplatos. Los ángeles le hablan en castellano antiguo. Luego entonan salmos en latín. Él los observa desde su cama como si comprendiera que lo están invitando. Uno, que parece ser un arcángel, le entrega un saco lleno de plumas y unas redes de pescador y le indica que debe ponerse a tejer. Obedece y trabaja con extraña precisión. Poco a poco engarza las plumas en las redes,

hasta que van formándose unas alas parecidas a las de los ángeles. Le ordenan ponerse de pie y dos querubines se las colocan sobre los hombros. Siente un calor inusitado en la espalda que derrite su piel, y palpita todo entero bajo el peso de las alas.

Entonces despierta. La habitación está en desorden. Su mirada se acostumbra a la sombra parcial del amanecer, y se levanta de la cama para dirigirse al espejo. El azogue le devuelve un rostro azulado de ojos aún velados por el sueño. Y de pronto ve la imagen oscura en su espalda. Las alas están ahí. Puede sentir el suave aletear de las breves plumas grises que le acarician los hombros. Sin pensarlo dos veces, va hacia la ventana, la abre, y se lanza al vacío.

TODO ALLÍ EN LA NOCHE

'Eyes I dare not meet in dreams'
The hollow men. T.S. Eliot

LAS MALDICIONES NOCTURNAS, la gran boca roja, desalada, que hace piruetas en el aire, desde el aire, y luego se torna en pequeñas gotas de sudor. El sudor veterano de las sábanas que enloquecen cuando gritas, cuando grito, agónica ya de tantas palabras que no dicen, que estrangulan y se tuercen.

Estamos tú y yo enfrentados a la pesadilla con los rumores externos, con el borde de las palabras que caen desde el lecho como en una redoma. Como si oyera el crujir de las piedras entre tus dientes. La lengua lisa las va tragando y ya no puedo más frente a los reflectores. Me quemó lentamente, dorada, ceniza. Es que luchamos por abrir puertas, es que me conmueven tus ojos desnudos, ápices de luz en tanta tiniebla.

La tibieza de los cuerpos, la solitaria serpiente. Después la marca de la sangre que se agolpa con su tañido breve en mi garganta. Y yo descendo, cautiva, despojada apenas, por los bosques de la imaginación, por los bosques espesos de avellanos de *Constance Chatterley*, por los soleados manchones de anémonas de *Mellors*. Y me torno suave; la caminata se hace lenta, resbaladiza por las raíces del sueño. Ya no puedo verte. Te vas al mar con tus gafas de turista, salpicado de olores a tabaco, agobiado por la marcha del sol sobre los hombros.

Puedo gritar que esperes, pero decido no estropear mi soledad momentánea y sólo contemplar el mar desde lejos, a través de las ramas. Van cayendo las nubes por el despeñadero; el sol yace arruinado en el cenit. Y ya eres un hombre pequeñito en el gran escenario. Una vieja culpa reverdece entre mis manos.

De pronto surge el viaje, el gran viaje, y me observo rodeada de maletas llenas de guayabas. El jugo se escurre por los intersticios y los voy tapando con mis dedos. Tú estás sentado al piano tocando una pieza de Brahms, pero Brahms no escucha, permanece solitario, arrinconado en la sillita baja del

baño. La preocupación por mis maletas me impide correr en auxilio del maestro.

Oigo el trote de los caballos a lo lejos.

Ya vienen por mí. Escupo largas frases de despedida contra tu obstinado silencio. El galope se acerca, pero los caballos nunca llegan.

Un hilo de luz aúlla desde la ventana y ya no sé si es la mañana que me rescata a la otra vida o es una más de tus jugarretas. Parpadeo, cambio de posición en la cama y me encuentro con el italiano de la Piazza di Roma, gesticulante, abrasador, que me arrebatara los mapas y los folletos multicolores, y me empuja por el empedrado hasta la fuente. Pero las fuentes son inhabitables, inevitables. Y yo sólo deseo regresar al río de mi infancia, donde los muchachos pescaban camarones con las manos y jugábamos a encontrar las piedrecitas más redondas para la colección.

El sueño ha dado un vuelco y estoy descalza persiguiendo lagartijas entre los yuyos morados. El sol hace cambio de luces desde arriba, acaparando el desierto florido en un abrazo puro y caliente. Las cuncunas adormecidas forman racimo en las ramas incendiadas del pimiento y las voy sacando con un palito.

Me entristecen las tardes de mis diez años y quisiera regresar a Roma. Giro la cabeza, pero sólo encuentro piedra sobre piedra y los turistas tragando polvo. El mismo polvo de las piedras, la misma soledad del norte chico. No hay salida. El llano se estira por las ruinas y las ciudades están tan lejos. Me embarco en otras soledades, lisa la tarde entre los yuyos. Allá estoy, de pronto, reconstruyendo pircas derruidas, levantando las piedras, una sobre otra, ajustándolas precariamente encima de mi cabeza. ¿O son las ruinas de Roma? De todas formas, son las mismas piedras de la sed, las mismas que auscultan dentro de los ojos el llanto perpetuo de los abandonados.

La muerte silba entre las latas. El techo de la bodega se volará de un momento a otro, dejando al descubierto montañas de maíz, por donde trepo hasta hacer sangrar las rodillas. El viento. El viento lame los cielos dormidos. Quiero volver a tus brazos. Pero eres la esfinge coronada. Te llamo desde este

desierto. Corro hacia los bosques de eucaliptos, te llamo en los troncos, te llamo en las semillas. Todo parece muerto, todo ausente. Aprieto el paso hacia las siete montañas, allá donde los reptiles dividen la tierra y siembran sus nidos las arañas. Pero cae la noche y desciendo a los dominios de *Lilith*, la que asalta a los que duermen solos. ¿Bastarán quinientos años para exorcisar el maleficio de la soledad? Voy alargándome en la tiniebla, royendo el extraño territorio de las sombras. La montaña asciende ante mi paso. Mis cabellos envenenados me golpean el rostro y la ropa se me cae a pedazos. Me sangran los pies y no distingo otra luz que la de las estrellas.

De pronto surges de la tierra humeante, te elevas como un globo aerostático, iluminado apenas. Busco tu rostro que gime, y cuando lo encuentro, no veo sino la propia imagen de mi cara ante el espejo. Un rostro cansado, de labios agotados, una imagen corrupta de mi propio yo. Huyo aterrorizada de este doble, que es como una enfermedad que me roba la energía.

Me voy por la orilla del río hasta llegar al mar. Los bañistas ronronean como gatos en la arena y el juego de los volantines arma y desarma un cielo de colores. Tengo mucha sed. Corro hacia los vendedores de cocacola, pero nunca llego. Ellos avanzan a grandes zancadas huyendo de mí. Es inútil desenredar la arena para escribir historias, es inútil gritar que estoy enferma de soledad: los bañistas escriben sus propios cuentos en pedazos de periódicos o repiten sus biografías para sí mismos en los personal estéreos que les abrigan las orejas.

Me interno en el mar y veo peces que se acercan, peces que se enredan entre mis piernas y reptan por mi cuerpo. Sigo buscándote, tal vez en el osado nadador que se aleja braceando hacia la isla. Te llamo a gritos. El agua me llega a la cabeza y por fin bebo. Mi sed se agrieta en el verde terciopelo y me hundo en el exceso de las constelaciones.

YOCASTA

A mi hijo Cristóbal

CUANDO EDIPO TERMINÓ DE COMER su pastel de manzanas, Yocasta, o Gioconda -(nunca me aprendí bien su nombre)-, retiró el plato con esa dedicación propia de las madres y le pasó una servilleta de papel para que se limpiara la boca. Lo miró con arrobamiento hasta que una nubecilla gris, como esas neblinas que de pronto cubren los bosques costeros, le fue templando la mirada mientras oía el sonido del teléfono. Se abalanzó sobre el aparato y lo levantó con cautela. Una melosa vocecita nórdica la saludaba con desparpajo: 'Hola, tía, ¿está Edipo?' (Larga pausa a este lado de la línea, para dar mayor dramatismo a la acción). Yocasta estruja el enorme ovillo de celos que le retuerce las entrañas y con su voz más ponderada responde: 'Sí, mijita; lo llamo'.

Edipo ya se ha puesto de pie y con la mirada radiante se dirige raudo hacia el teléfono de su dormitorio. Cierra la puerta y espera hasta que Yocasta cuelgue para responder. La noble progenitora se queda allí, tumbada en el sillón del living, sin saber qué hacer. Luego se va a su propio dormitorio, saca un pañuelo de fina seda del closet y comienza a morderlo con fruición. Enciende el televisor y observa cómo una bella y rubia adolescente mueve provocativamente sus caderas frente a un joven alto y musculoso que la coge por la cintura al ritmo de la lambada. Pero Yocasta sólo está atenta al lento deslizarse de los números rojos que se van sucediendo implacables en el reloj del velador. Las diez y treinta, las diez cincuenta; finalmente el clic a las once y cinco. Rápidos pasos hacia la puerta de calle le indican que la velada familiar nocturna -Edipo recostado sobre su falda, ella acariciándole la cabeza, y cine de medianoche en el televisor- eran sólo recuerdos de otras épocas.

-Chao, mamá. Voy a salir- apenas se oye tras el golpe seco de la puerta de calle.

Yocasta, resignada, va hacia el refrigerador, se sirva un enorme vaso de diet cocacola, y se toma un diazepam. Enseguida se desviste y contempla en

el espejo la marchita realidad; se enfunda en su camisa de dormir y entra en la cama con desgano. Apaga la luz, y mientras se va hundiendo en el sopor, ve a Edipo bailando con la rubia de la televisión.

Al día siguiente, tras constatar que Edipo duerme plácidamente en su cama, Yocasta se ducha animosa mientras planea su día. Cumpleaños de la reina madre. Habrá que escoger con cuidado el menú para la cena a la luz de las velas, ceremonia privada y estrictamente, familiar. Con Layo lejos, en viaje de negocios, ha pensado que es preferible celebrar este día en la más completa intimidad, a solas con su hijo unigénito, que ha prometido estar temprano en casa.

Se viste primorosamente, se maquilla con cuidado y se dirige al Jumbo en busca de ostras frescas y otras exquisiteces. Elige un camembert francés legítimo, baguetes, aceitunas de Azapa y los más pequeños pepinillos en 'dill'; recorre las estanterías de los vinos, seleccionando dos botellas de Miguel Torres Bellaterra para acompañar las ostras. ¡Ah! y Sangre de Toro para el asado; no olvidar los ingredientes para el postre, que preparará con sus propias y delicadas manos.

El día se consume en los preparativos la cena, nueva ducha y cambio de atuendo. La mesa puesta, las copas de cristal de las ocasiones especiales y la vajilla heredada de la suegra. (No sé por qué me acordé de la suegra en este momento tan trascendental en la vida de mi protagonista, pero continuemos el relato).

Edipo guardó la bicicleta en el garaje y saludó a Yocasta con un beso distraído. De pronto, al verla tan almidonada y compuesta, recordó.

-Mamá, perdona, se me olvidó y no te compré nada. Te lo debo, viejita.

Yocasta sonríe comprensiva. ¿Qué podría importar un regalo ante la dicha de tenerlo una velada completa para ella sola?

-Hijo, dúchate y cámbiate de ropa. ¿Por qué no te pones un poquito de ese Drakkar Noir que te di para la Pascua? -dijo ella mimosa. Edipo sonrió y obedeció con presteza.

A las nueve todo estaba listo. Edipo lucía encantador mientras procedía a descorchar la botella del aperitivo. De pronto, el timbre.

-¿Quién podrá ser? -preguntó Yocasta contrariada, mientras Edipo salía hacia la reja.

Tardó varios minutos y, cuando regresó, le brillaban los ojos. Con una sonrisa despreocupada anunció:

-Mamá, Grete pasaba Por aquí, y la invité a comer porque después saldremos a una fiesta.

CREPUSCULAR

PORQUE EL LENGUAJE NO BASTA es que trepo inútilmente hasta sus ojos. Ese silencio se me pega en la ropa, me estrangula, me cuelga como harapos. Y mi carne se estremece entre su espacio y el mío. Intento decir, pero no alcanzo. La sopa azul de su cigarrillo merodea por el cuarto, restregándose en su piel, en mis cabellos. Los objetos se difuminan y se alargan como el humo. Observo su figura muy derecha sobre la mecedora al lado de la cama. Usted parece dirigir una orquesta invisible desde su posición junto a la ventana apenas entreabierta.

Los pesados cortinajes de terciopelo granate ahogan el murmullo de la calle. Me dirijo al velador lleno de frasquitos de diversos tamaños y, en silencio, cojo el de la etiqueta azul, saco una píldora y se la entrego junto al vaso de agua fresca que he traído.

Usted nada dice, se traga la píldora y me devuelve el vaso que coloco sobre la repisa de los muebles antiguos, inútiles testigos de su vida pasada. El gato echado a sus pies ronronea con un fragor satisfecho ante la lumbre de la estufa encendida al centro de la habitación. Desde el muro, el reloj da seis campanadas y la oscuridad invernal moja de sombras el cuarto. ¡Qué importa!, dice usted. Pero usted raras veces dice algo y tengo que adivinar los finos hilos de su mente. La noche se alarga quieta, senescente. Voy hacia el balcón y comienzo a estirar las cortinas. Usted ladea la cabeza como siguiéndome. Continúa expeliendo el humo con ese gesto irónico, casi agotado de sus labios.

Miro hacia la noche allá afuera y maquinalmente enciendo la lámpara que está sobre el velador, como si su fulgor pudiese crear una atmósfera nueva entre nosotros. Usted apaga el cigarrillo y extiende sus manos nerviosas sobre las rodillas. ¡Cómo quisiera que me hablara! Pero usted nunca dice nada que no sea estrictamente necesario. Yo sé que me observa desde sus laberintos interiores, con esos ojos secos, con esos ojos descoyuntados que no dicen.

Me muevo por el cuarto por parecer ocupada. Arreglo su mesa de noche, ordeno los frasquitos según los horarios en que usted debe tomar sus medicamentos. Vuelvo al piso bajo por más agua para llenar el vaso. Subo rápido las escaleras y lo coloco junto a los frascos. Usted no se ha movido. Su silueta es una sombra plana delante de la lámpara. Abro su cama y lo observo. Usted también me observa desde muy adentro. Sabe que me hace daño; me roba la alegría que traigo cada mañana desde la calle, porque afuera todo es diferente. Cuando entro, se apaga el mundo entero y en el silencio me voy hundiendo, hermanada también en su ceguera.

ESTIGIA SIGLO XX

ERA COMO SI ALGUIEN ACECHARA desde la masa oscura de automóviles arrinconados en el estrecho callejón. El cielo sin luna se descolgaba plano sobre los edificios negruzcos y fragmentados bajo la nube de esmog. Apuró el paso, con el corazón saltándole dentro del pecho, con esa nieve extraña que se apodera de los músculos y los ablanda, impidiendo casi el movimiento. Pero se movía. Penosamente avanzaba en la penumbra, como quien nada contra la corriente.

Las polvorientas luces de neón le anunciaron la entrada del Metro. Las piernas le dolían cuando se abalanzó dentro de la gran boca amarilla y bajó corriendo los escalones. Dos pasajeros igualmente apurados se entrechocaron en el último peldaño. Compró su boleto a una mano velluda y traspasó la barrera sin retorno, para encontrarse de pronto en el angosto pasillo, interrumpido por el hoyo negro, invitante, donde descansaban los rieles.

El tren no venía y aguardó hipnotizado, sin dejar de mirar la cripta ondulante que se extendía cercana a sus pies. Con un esfuerzo se replegó contra el muro a sus espaldas y se quedó allí, cazado en una red de graffitis de roja violencia, entremezclados con avisos de margarina dietética con 0% de colesterol.

Su deseo de avanzar y saltar dentro del hoyo rivalizaba con el temor irracional a cualquier sensación de dolor. Pensaba cómo sería morir aplastado por la enorme locomotora acometiendo trepidante y a toda velocidad. Pero la atracción del vacío formulaba en él oscuros nexos con la muerte.

De pronto se oyó el estrépito del tren que se acercaba. No se movió hasta que éste se detuvo y se abrieron las puertas, por donde bajaron algunos hombres de gafas oscuras y algunas mujeres enfundadas en sus abrigos. Todos caminaban de prisa y sin mirarse.

Tuvo que pestañear dos veces antes de decidirse. Finalmente se despegó del muro y con un esfuerzo franqueó la entrada del vagón. La luz de adentro

lo tranquilizó por un momento. El tren estaba atestado de pasajeros, pero pronto alguien se levantó, dejando vacío un asiento junto a la ventanilla. Se sentó aliviado, tratando de relajar los músculos y colocó su maletín sobre las rodillas. A su lado descansaba un hombre sudoroso; y enfrentando sus piernas, dos ancianas excesivamente maquilladas no paraban de conversar. Veía sus bocas rojas moverse zigzagueantes en medio de flácidas mejillas; emitían palabras, fracciones de palabras, que no alcanzaba a entender.

Los primeros cinco minutos le devolvieron cierta calma, pero a medida que el tren avanzaba y se detenía en las estaciones, volvió a sentirse inquieto. El hombre a su lado comenzó a dormitar en un sopor alcohólico y pegajoso que le provocó náuseas. Palideció. Las mujeres de enfrente lo observaron y comentaron algo por lo bajo. Comprendió que su situación inconfortable era evidente para los otros y trató de disimular. Dirigió los ojos a la ventanilla y miró hacia afuera, pero el vidrio sólo le devolvió la imagen incoherente de un rompecabezas de colores. Afinó su percepción intentando distinguir las formas, y entonces vio un hervidero de rostros imprecisos, de manos que iban y venían en todas direcciones, queriendo agarrarse, o agarrarlo... Y más allá la negrura absoluta.

Pensó bajarse en la próxima estación, pero recordó las calles llenas de manifestantes que a esa hora protestaban en el centro de la ciudad. Aún estaba lejos de su casa y decidió que el tren era más seguro. Cinco estaciones más y ya estaría en su barrio. Pero la náusea persistía y una sensación de ahogo lo invadió. Respiraba entrecortadamente, bostezaba, traspiraba.

Cerca de la estación siguiente, las ancianas se pusieron de pie y, echándole una última ojeada impertinente, abandonaron sus asientos para aproximarse a la puerta. Una mujer deslavada y flaca, con un niño en los brazos y otro en el vientre, vino a sentarse en su lugar. Lo miró con desconfianza y luego se dedicó a acariciar al niño, que chupaba una paleta de caramelo verdoso. Sus mejillas embadurnadas relucían bajo la luz cada vez más intensa. Ahora le quemaba los ojos.

De pronto las paredes comenzaron a estrecharse reduciendo el espacio peligrosamente. Los rostros de los pasajeros eran extrañas máscaras amarillentas maniobrando sobre cuerpos incomprensibles que amenazaban con sofocarlo. El calor penetrante del ambiente contrastaba con su cuerpo helado por el sudor que le llegaba hasta la cabeza. Sintió un dolor agudo en la palma de las manos. Sus uñas atravesaron la piel de tanto apretar los puños.

Repetidamente la luz parpadeó y luego se extinguió. El estruendo del tren al detenerse fue apagado por los gritos de los pasajeros que se empujaban hacia la salida, inútilmente, pues las puertas permanecían cerradas. El borracho despertó sobresaltado y se abalanzó sobre él para alcanzar la ventanilla y golpearla con los puños. El niño de enfrente empezó a llorar, mientras la madre trataba de calmarlo con una voz histérica que desdecía sus palabras.

Cuando retornó la luz, aún se oían las voces airadas que reclamaban contra los atentados. El borracho volvió a su lugar mientras el tren retomaba el rumbo. El pasajero permanecía extrañamente silencioso. Su rostro pálido evidenciaba una terrible conmoción. Los ojos desorbitados estaban fijos en un punto lejano más allá del techo. El maletín había caído al piso y sus brazos colgaban laxos a lo largo del cuerpo, postrado con todo su peso sobre la ventana.

MASCARADA

VESTIDAS DE PIERROT deambularon por el salón iluminado, tomadas de la mano, sonriendo aquí y allá, y más allá, hasta dar con la fría ventana circular que miraba al jardín. La fiesta estallaba en una algarabía de voces y la música contagiaba a los bailarines.

Enormes muñecas de rostros sonrosados, Madame Pompadour con su blanca peluca rizada y el frufnú de su traje de seda, D'Artagnan y los Tres Mosqueteros, todos mezclados en una danza desenfadada que hacía tintinear las copas de champaña en las bandejas precariamente apoyadas sobre la gran mesa central.

El calor se hacía insoportable y ellas decidieron abrir subrepticamente la biselada mampara de cristal y salir al exterior. Desde fuera miraron a través de un vaho blanquecino las luces de las lámparas de lágrimas que ondulaban como líquidos pececillos dentro de un acuario.

Esta vez recorrieron los senderos humedecidos, siempre tomadas de la mano. El aire fresco les devolvió la identidad de muchachas opacas sumergidas en una fantasía. Se sentaron en una banca semioculta bajo una mata de lilas. Se miraron y, sin necesidad de palabras, comprendieron el sinsentido de su ubicación en este espacio. Dos oscuras secretarias de la planta administrativa, invitadas por cortesía al baile de máscaras de los académicos que celebraban los ecos del Carnaval de Venecia. Invitadas por cortesía, o tal vez por error o conmisericordia.

¿De qué hablar en un mundo de seres que compartían el lenguaje del arte, que compartían la pasión por la pintura y la escultura, y que se movían con desenfado entre las últimas tendencias con un histrionismo llevado hasta la exageración?

Poco a poco se fueron soltando, y en la risa surgió el comentario entre irónico y mordaz. Repasaron uno a uno a los invitados, sin saltarse a ninguno. Un capítulo especial tuvieron los peinados y los almibarados maquillajes de las profesoras, y qué decir de sus movimientos insinuantes y sonrisas invitadoras frente a las máximas autoridades masculinas. También comentaron con

desparpajo los continuos viajes del profesor de Estética hacia el bar, con su impecable traje de Robin Hood, que no disimulaba su adiposa panza, aprisionada en unos pantaloncitos de terciopelo verde, al más puro estilo de los bosques de Sherwood.

La directora de uno de los grandes museos capitalinos, siempre tan distante e ilustrada, se mecía ahora al compás de la salsa, con sonrisa bobalicona en el rostro brillante de sudor bajo el antifaz, y enfundada en un ridículo trajecito rosa de princesita de las nieves, que no convenía a su ajada cincuentena.

Cuando dejaron de reír, Pierrot y Pierrot se quedaron silenciosas, comparando sus trajes obtenidos en préstamo de la costurera del Teatro Municipal, que era tía de una de ellas.

La música llegaba desde dentro como un blando golpeteo de instrumentos inconexos. Sintieron frío. El lunes todo empezaría de nuevo: las nóminas de alumnos que se presentarían a examen de grado, las planillas de sueldos de aquellos seres que bailaban allí dentro, sueldos que alcanzaban cantidades que ellas nunca podrían ni soñar. Y las horas interminables sentadas a la máquina de escribir, copiando cientos de oficios de la Dirección a la Facultad, y de la Facultad a la Casa Central. Humilladas se levantarían al llamado del decano a servir café con galletitas y, más humilladas aún, a levantar las bandejas repletas de tazas chorreadas en medio de ceniceros desbordantes de cigarrillos a medio apagar. Labor de auxiliares, pensarían ellas, pero los auxiliares, siempre sacando la vuelta, jamás aparecerían en el momento oportuno.

El frío ahora laceraba sus brazos a través de la delgada muselina, y sintieron los dedos de los pies agarrotados de tanta inmovilidad.

Nuevamente se miraron, esta vez a los ojos, y sonrieron con osadía. ¿Por qué no aprovechar esta noche, si estaban en su derecho?

Pierrot uno sacó un espejito del bolsillo y se contempló las mejillas pintadas de lunares; con unos ligeros apretoncitos les dio color y ofreció el espejo a Pierrot dos. Esta pasó el dedo índice por sus pestañas, curvándolas hacia arriba y peinó sus cejas. Devolvió el espejo a Pierrot uno y se pusieron de

pie. Pasito a paso, tomadas de la mano, regresaron al salón.

Como fantasmas que nadie espera, casi transparentes, vagaron entre los invitados que giraban al compás del tango 'Cambalache'. Se sonrieron para darse ánimo y caminaron rectamente hacia el rincón de los bocadillos, y con voz enérgica y al unísono, ordenaron al mozo dos whiskies dobles.

LA VENGANZA

EL HOMBRE MERODEA POR EL PARQUE endomingado y espanta las mariposas con su paso soñoliento. Luego enfila hacia el oeste. A las once en punto alcanza la avenida arcillosa que enfrenta la iglesia construida a comienzos de siglo. Se detiene y contempla la torre encalada, el campanario y las luces que vacilan sobre la amplia fachada. El perfume brillante de los retamos le llega escueto, como si tropezase contra el escenario de otras muchas calles repetidas. Grupos de fieles avanzan por los flancos de la calle hacia la gran puerta abierta que llama a la misa. A las once y diez, ya todos han entrado y el hombre permanece solo, indeciso. Ha examinado con avidez los rostros, uno a uno, aguzando la mirada minuciosamente negra sobre las mujeres, con la urgencia de reconocer un perfil, una cabellera castaña, unas piernas largas y finas.

Saca un pañuelo y se seca el sudor de la frente. Decide esperar hasta la misa de doce, mientras se pasea inquieto, con un enorme sentimiento de despojo interior que le frunce las tripas y le hace temblar las rodillas. El cansancio de una noche en vela sobre el tren de la capital entrecierra a ratos sus párpados, pero se restriega los ojos pretendiendo estar alerta en todo momento. Su único equipaje le pesa nítidamente sobre las costillas, dentro de su bolsillo derecho. Esperó durante once años, y ahora que se anticipa el momento de la venganza, comienza a perder el control. La enormidad del recuerdo se abalanza sobre sus sienes entorpecidas. Tendría que haberla encontrado ya, se repite a sí mismo, en enunciados que se desencadenan fragmentarios y espesos dentro de su mente.

Se veía mendigo, reiteradamente nostálgico de esa mujer que le hiciera perder la cordura y su derecho a la plena luz del sol, hacía ya tantos años. Tantos años alimentando las jornadas del encierro con un solo propósito. Y hoy está aquí, donde cada segundo de espera es un aplazamiento de la sentencia tantas veces mascullada en su soledad.

Se sobresaltó con las campanadas de las doce. La calle se llenó de gente. Unos salían y otros entraban al templo. Cada partícula de su cuerpo se tensó

estremeciéndolo y casi corrió hasta la entrada de la iglesia. Desde allí dominaría el escenario. Ella no podría escapar.

Observó las fisonomías rutinarias y ausentes de las mujeres, a medida que se le acercaban. Todas pasaban por su lado sin mirarlo, con andar unánime y amarillento. De pronto la vio avanzar enfundada en un vestido azul oscuro. La cabellera enrarecida por un gris violento que le escarnecía el antiguo caoba, y el cuerpo voluminoso, balanceándose trabajosamente sobre unas piernas gruesas y sesgadas por manchas violáceas. Atónito, la vio aproximársele. A un metro de distancia, ella levantó los ojos y lo miró. El hombre se llevó instintivamente la mano al bolsillo derecho, pero la dejó allí, sin impulso alguno que justificara el movimiento. La mirada de ella giró distraídamente hacia otro foco de atención y continuó su camino hacia la nave central.

Él, presa del aturdimiento inicial, bajó la cabeza, y sin pensarlo dos veces, se alejó de allí, prolongando en sus retinas la visión de la mujer devastada.

MADRESELVAS

A mi hija Magdalena

Habría que decir, en primer lugar, que las madresevas no son territorio exclusivo de nadie, porque también yo me levanto una mañana y descubro aquí, a pasos de mi cuarto, el olorcito perfumado que proviene de las guías enredadas en el ciruelo. Como insectos transitorios emergen las madresevas amarillas y blancas de octubre. Pero las flores son efímeras como algunos trazos de la memoria, que a veces nos acechan en el rigor del sueño, en ese terreno pantanoso que nos atrapa de noche. Y es de noche cuando descubro las madresevas de los otros, de los que evocan su aroma desde una trama de lagos o setos, o desde las fronteras enigmáticas de la muerte.

CLEMENCIA HA LLEGADO POR FIN a casa con su hija recién nacida. Desde la puertecita de hierro que da al jardín de atrás puede ver la madreseva en plena floración. El bebé da un suspiro corto y frunce la pequeña boca como si también oliera el delicado perfume. El cielo anaranjado, con el sol dominando el campo, se desploma sobre la mujer, que apura el paso sobre el pasto un tanto crecido del antejardín. Falta riego, también, apunta mentalmente mientras se aproxima a la puerta, equilibrando el maletín con un brazo y a la niña con el otro. Llama a la puerta:

– ¡Maruja, Maruja!

Al cabo de algunos minutos, y como nadie responde, hurga con dedos nerviosos dentro de su cartera hasta encontrar la llave. El bebé duerme plácidamente en sus brazos. ¡Es tan hermosa! se sorprende a sí misma contemplando a la criatura.

Finalmente logra abrir la puerta y se dirige al dormitorio. Allí está la cuna que preparó con tanta anticipación. Deposita a la niña y luego sale a recorrer la casa. Las cortinas de todos los cuartos

están corridas, todo parece en perfecto orden, pero no hay nadie. Abre las ventanas y de inmediato una ola luminosa invade las habitaciones entibiando la casa. Desde la repisa le sonríe el retrato de Gabriel abrazándola por la cintura, con un fondo de pinos y la quebrada a sus pies. En la foto ya se percibe su vientre abultado por el embarazo. Clemencia sonríe al bebé que descansa con la cabeza ladeada en la cuna.

De pronto el cansancio. Siente que el peso de la jornada se le sube por las piernas hasta los hombros. El pecho dolorido le anuncia que pronto tendrá que amamantar a su hija, pero, mientras ésta duerme, se tenderá por algunos minutos...

El sol de la ventana parece quebrar el espejo en dos; es lo último que piensa antes de cerrar los ojos.

.....

El breve espejo de la pieza de hospital refleja la luz oblicua del crepúsculo sobre la cama blanca. En la mesita, debajo del crucifijo, cuelgan desde un vaso varias guías de madreselvas ya marchitas. Los pétalos reseco siembran la superficie de mármol manchándola de ocres.

La quietud es rota por la entrada de una enfermera y dos hombres jóvenes que se dirigen a la cama, envuelven el cuerpo con una sábana y lo arrastran sobre una camilla. Luego la empujan hacia el exterior. La enfermera arroja las madreselvas al tarro de la basura y sale de la habitación llevándose el vaso.

En la banqueta del pasillo está sentado el hombre de la fotografía. Junto a él hay una anciana que solloza. Al paso del cortejo ambos levantan la cabeza y el hombre se pone de pie. Luego piensa que es inútil y vuelve a sentarse, ocultando la cara con las manos. Sólo piensa en el momento de volver a casa sin Clemencia.

Estos últimos cuatro días apenas si ha dormido. Desde que le avisaron que el bebé nacería con dificultades, no se ha movido del hospital. A veces le permitían quedarse al lado de su mujer semidormida después de la operación. La niña permanecía en la incubadora, pues su madre estaba demasiado débil para alimentarla. Gabriel iba y venía por los pasillos embaldosados preguntando noticias a médicos y enfermeras, pero las respuestas escuetas aumentaban su incertidumbre.

Algo anduvo mal desde el principio. Ahora lo constataba. Clemencia palidecía a medida que avanzaba su estado; y sus ojos, antaño pequeños y reidores, aumentaban en tamaño y profundidad, pero su vientre crecía paulatinamente con el correr de los meses, y los movimientos del bebé eran cada vez más vitales.

Cuando llegó el momento, todo estaba preparado. Habían trasladado el dormitorio a la pieza más fresca de la casa. Las manos diligentes de Maruja, que esperaba a la criatura con más ansiedad que los mismos padres, soñando en ella a la nieta que nunca tuvo, aireaban prolijamente todos los días la cuna rodeada de tules y sacaban lustre a los nuevos muebles y a los juguetes.

Pero las cosas se precipitaron una noche de octubre, y de allí en adelante creció un remolino que se los fue tragando a todos.

Gabriel y la anciana abandonaron la casa y deambularon por el hospital con los ojos estragados y el credo en la boca. Finalmente nació el bebé, pero la madre no pudo reponerse. Después del funeral, el hombre y la mujer regresaron con la niña a la casita en el campo. Extrañamente la verja del jardín estaba sin candado y las ventanas se veían abiertas de par en par. La casa era un hervidero de sol que invadía todos los objetos a través de las cortinas descorridas.

La puerta del dormitorio cedió prontamente a la presión de los dedos de Maruja. Cuando colocaron a la pequeña en su cuna, había un rastro húmedo de leche que manchaba la sábana. La cama de

Clemencia estaba deshecha y un ramo grande y oloroso de madre selvas recién cortadas descansaba sobre el velador.

GALATEA

EL RETRATO DE PILAR preside la reunión.

–Pintura expresionista– comentan los entendidos, entre bocanadas de humo.

–Color simbolizante.

–Turbulencia y exorcismo de las emociones.

–Vibración geométrica en los trazos.

–Fíjate en las comisuras; ese toque deliciosamente manierista.

–Reflejo de la conciencia gnómica del autor, tal vez proyectando su paradójica relación con la modelo.

–Este Pepe es formidable; cada día está pintando mejor.

Y se palmotean las espaldas sonriendo. La conversación es general. Sólo Blanca permanece en silencio, con incomodidad creciente y queriendo huir hacia la lluvia que arremete contra la oscuridad, allá afuera.

'Total, nadie lo notaría siquiera, pero si lo notaran... Alberto no escaparía a algún comentario mordaz y no querría volver a verme'.

–Y a vos, piba, ¿no te gustó la pintura? –Pepe la observa ofreciéndole una copa, mientras entrecierra los ojos detrás de sus gafas de cristal fotocromático. El tono levemente irónico de su voz ataca de frente.

–Sí, mucho –mintió.

En realidad, de pintura entiende poco, por no decir absolutamente nada. Jamás comprende los mensajes trascendentales que los artistas esconden en sus cuadros, destinados a ciertos espíritus privilegiados. Cuando encuentra una pintura que la impresiona, ya sea por la belleza de su colorido o por su parecido con la realidad, Alberto se impacienta y dice que es una mala copia del natural, que no 'proyecta' nada, y entonces se va sintiendo pequeñita y más oscura que una rata. 'Alberto, no me dejes, voy a tratar de aprender'.

Pepe sonríe condescendiente y espera que ella prosiga con algún comentario de su obra. Se siente ahogada; girones de ideas se revuelcan en su cerebro sin encontrar palabras adecuadas que reflejen... ¿qué? 'Maldita timidez; si yo fuera capaz de decirle en su cara que el cuadro no me gusta, que el colorido insolente me estalla en las pupilas como un latigazo, que la mujer del cuadro es demasiado Pilar para poder soportarlo'. Pero se queda allí, clavada en aquel silloncito, hasta que Pepe se aleja en busca de otro interlocutor menos contemplativo. 'Deben creer que soy idiota. Sé que sólo me aceptan por Alberto; más bien me toleran como se toleran las pequeñas manías de los amigos, inofensivas y, sobre todo, circunstanciales. Pilar me ignora siempre, y con derecho. Ella es la musa, la reina del salón'. Y sin embargo, desde el cuadro sus ojos la han perseguido toda la noche, terribles ojos, inquisitivos, violentos. '¿Será así como Pepe la ve? O tal vez estoy interpretando mal, porque supongo que él la ama, aunque tampoco el amor parece significar lo mismo para ellos que para mí'. No puede evitar un sonrojo interno recordando a Pepe: '¿Sabés, querida, cuál es tu problema? Sos repugnantemente joven'. Y tiene razón. Ella no acaba de entenderlo. Se siente apabullada en su presencia; siempre se queda atrás en los chistes y en las alusiones intelectuales. Después de todo, ellos son un grupo cerrado, amigos de muchos años; se mueven siempre en las altas esferas del arte, y Alberto es uno de ellos.

Ella, una advenediza llegada a destiempo y desde un descolorido ambiente burgués.

Alberto y Blanca se habían conocido algunos meses atrás en uno de esos aburridos conciertos del instituto. La verdad es que ella había ido sólo por complacer a su novio, que se empeñaba en abrirle los oídos a la música clásica. El tenía sus inquietudes, seguía cursillos de todo. '¿Qué tal, profesor? Le presento a Blanca, mi polola...' Así entró Alberto en su vida; así desapareció el novio. A

sus diecinueve años, ese hombre cuarentón y deslumbrante parecía ser el dueño de todas las respuestas. Tenía un enorme taller iluminado, donde convivían sus telas apiladas y apenas esbozadas, sus discos extranjeros, junto con una pesada mezcla de olores a óleo y trementina, en medio de una multitud de ceniceros siempre llenos. Alberto era un hombre extraño. La ironía de sus palabras siempre la cogía por sorpresa, como aquella primera vez cuando la llamó a su oficina a las tres de la tarde para invitarla al campo a buscar flores para empezar un cuadro.

–No puedo –se lamentó ella–; estoy trabajando.

–Pero ¿qué haces? –preguntó él.

–Soy secretaria -respondió ella.

Entonces él se mofó:

–Pero ¿qué haces en la vida real? –Y ella no supo qué responder.

Todas las tardes, después de la oficina, se acostumbró a encontrarlo en su taller, a veces pintando y escuchando música, a veces sumido en un mutismo que la llenaba de ansiedad. Se quedaba allí en silencio, casi pidiendo perdón por respirar, hasta que de pronto él parecía notarla y entonces la estrechaba entre sus brazos.

–Mi niña oceánica, mi *Orana María*...

–Yella se queda sin saber, porque el suplicio de preguntar le parece más ofensivo que su propia desnudez.

Después salen a reunirse con los amigos de Alberto, en las vibrantes noches de El Bosco. El humo y la algarabía del vino tinto desdoblán el eco de las conversaciones, hasta que Blanca deja de oír y el sueño le lastima los párpados. Mañana deberá madrugar para alcanzar el bus de las siete que la lleva a la oficina, que no perdona un atraso. En este mundo sin fronteras las personas no conocen de amanecidas salvo para irse a la cama.

A poco de conocerse, Alberto la había invitado a vivir con él: 'Sin compromisos, mi niña. No quiero una mujer lavando platos ni criando chiquillos'. Y ella, aunque empedernida por sus aniquilados sueños de mujercita burguesa, aceptó. Abandonó la casa paterna en medio de llantos y amenazas, con la lucidez de quien reconoce la inmodificable determinación de sus pasos en medio de la tormenta. Aprendería a vivir de nuevo. Aprender, aprender, llegó a ser su única obsesión. Se despidió de todo lo pasado; abrió la entrada a los temores -ella lo sabía- de un irrenunciable futuro en un mundo transplantado; renegó de las fiestas y de los amigos de antaño; cambió su manera de vestir, y se acostumbró a vivir de noche, absteniéndose de emitir juicios o comentarios que pudieran descubrir desconocimiento o torpeza.

Alberto proclamó que sería Pigmalión para erigirla cual Galatea viviente. Ella nunca supo qué quiso decir, pero no importó. Era feliz. Lo amaba con la terquedad de la juventud, y él se sentía halagado.

Las reuniones en casa de Pilar se sucedían con regularidad, y los amigos se acostumbraron a esa presencia casi imperceptible al lado de Alberto. Pepe, de vez en cuando, le dirigía la palabra con su chispeante astucia de ciudadano del mundo y su acento porteño que la sacaba de quicio. Dispuesta a entrar en su atmósfera, seleccionaba cuidadosamente las respuestas, aunque sabía de antemano que el juego estaba perdido. Los ojos de Pepe brillaban con un desdén próximo a la conmiseración, mientras su mano jugueteaba con el vaso de Böls. La escuchaba con actitud reflexiva y luego sonreía. Blanca buscaba refugio en Alberto, pero éste la oía con despego y ella lo sentía tan lejos como todos. Entonces empezó a añorar la sencillez de una pizza después del cine o las fiestas con sus amigos de la oficina, sin más complicación que los últimos comentarios sobre las infidelidades conyugales de su jefe. 'Y yo, aquí, aplastada, anulándome, con la certidumbre de no alcanzar la perfección jamás'.

Luego de algunos meses de precaria felicidad, en que Blanca oscilaba entre períodos de éxtasis y sombras, la relación pareció languidecer. Se alternaban las explicaciones sobre las diferencias entre un barroco italiano y otro alemán, entre un como francés y otro inglés. Pasó horas tratando de encontrar sentido al surrealismo y al dadá, y los oídos le estallaban con la música de Shostakovich. Alberto se enredaba en irritados silencios que lo conducían a una inercia inexpresiva y desconocida para ella. Confundida, sentía que lo necesitaba más que nunca, pero pese a sus esfuerzos, la alegría era como un torrente que se le escapaba de las venas.

'No hay salvación'. La soledad le crecía como un sueño ácido dentro del pecho; le desbordaba los ojos y le reseca el vientre. 'No hay salvación'. La certeza se instaló en su garganta aquella noche en que Alberto, después de pintar durante horas, bruscamente y sin decir palabra salió de prisa del taller.

Se quedó yerta y con la voluntad adormecida hasta que él regresó.

–Me hizo bien el aire de la calle –dijo él, despreocupadamente, mientras la besaba. Aquella noche durmieron abrazados, como si el amor pudiera medirse en el contacto de la piel.

A la mañana siguiente, mientras Alberto canta en la ducha, Blanca lava vasos, vacía ceniceros y dispone en la repisa los discos dispersos. Después de ordenar la cama, abre el closet y saca la camisa limpia que Alberto se pondrá ese día. Luego mira más allá. Sus manos se mueven de prisa. Minutos más tarde, maleta en mano, camina hacia la puerta, la abre y sale. La cierra con sigilo y para siempre.

CUARTO MENGUANTE

CAMINABA PATEANDO LOS CARACOLES que merodeaban por el sendero y esparcían una baba plateada sobre la tierra endurecida por las continuas pisadas. Uno, especialmente voluminoso, se detuvo como hipnotizado. No pudo resistirse y lo aplastó con el pie. La caparazón crujió con un crac desagradable que lo hizo arrepentirse de inmediato, pero el mal no puede deshacerse, pensó y siguió avanzando hasta la silla de lona.

Se sentó y estiró las piernas. La luna asomaba detrás de los árboles. Cuarto menguante. Se puso a buscar la Cruz del Sur, y luego Orión y Las Tres Marías. El cielo era un mapa misterioso que hacía señales desde tan lejos. Cayó una estrella fugaz. Las luces apagadas de la casona y de la calle permitían ver el cielo como en pleno desierto. Recordó aquellos anocheceres cuando solía detener su vehículo en las salitreras abandonadas para observar la bóveda inmensa recargada por los astros. Pero esos viajes ahora parecían tan lejanos. El Land Rover escalando promontorios y deslizándose sobre las rocas para acercarse al mar. Recordó Punta de Lobos, con el amplio acantilado soberbiamente dispuesto a sus pies que hollaban los salares espumosos. Entonces había comenzado su recolección de piedras negras, roca volcánica o extraños aerolitos venidos del espacio. Pero el paso del tiempo había ido reduciendo los límites y ahora sólo le quedaban esos testigos silenciosos y yacentes sobre la repisa de la ventana del dormitorio. Le gustaba dormir rodeado de recuerdos. Aquellas rocas le traían la mudez del desierto para acunar su sueño en la casa solitaria.

Contempló las macetas recién acicaladas por el jardinero que venía los martes y, por oposición, saltó a su mente la hirsuta yareta que crecía en los caminos de Parinacota, desafiando el sol y la sequía. Evocó con una sonrisa el pan con ajo y las agüitas de Chachacoma para espantar la puna cuando era muchacho. Después se acostumbró a las alturas y

su paso se hizo cansino como el de los lugareños. Su cabello rubio y su barba abundante ya no eran novedad para nadie y fue aceptado como uno más en las fiestas de los poblados y en las ceremonias del vino y del baile compartidos. Eran otros tiempos, reflexionó con cierta amargura.

La luna había avanzado ahora hasta el centro del cielo, donde las ramas del naranjo no llegaban, pero ya no quedaban espacios en su mente. La ciudad se lo come todo, pensó, poniéndose de pie. Observó el jardín en toda su extensión. Más allá del naranjo, el triángulo verde con la planta de matico rodeada de violetas. Ultimamente el jardinero se había empeñado en plantar allí porcelanas multicolores. Más allá, el parrón artrítico y venido a menos con los años, plantado por él mismo. ¿Hacía cuánto? Y las higueras, solemnes monumentos indiferentes al correr del tiempo; y el damasco, el caqui, y las plantas silvestres que crecían libres junto al muro del fondo, que no podía distinguir en la lejanía.

Eran las tres de la mañana y no lograba dormir. ¿Es que los espacios deben reducirse cada vez más al final de la vida? La pregunta le rondaba en su cabeza. Se acarició la barba cana con mesura mientras recordaba la visita de esa tarde. Sus hijos se habían presentado como una pequeña y ceremoniosa delegación a plantearle sus ideas progresistas. La casa estaba vieja y él vivía solo. La mantención debía ser un peso absurdo sobre sus espaldas. Sería mucho más provechoso vender la extensa propiedad a una empresa constructora que dividiría muy bien el terreno para levantar una serie de casitas modernas y pequeñas, más a tono con el barrio. Él podría irse a vivir a un cómodo departamento, en un edificio con portero electrónico. La vida le sería más amable y descansada, y hasta podría poner unos geranios en las jardineras del balcón.

Se había defendido, pero sus argumentos parecían vanos a los oídos de esos seres de fin de siglo. Los recuerdos estaban vacíos de significación. No era bueno aferrarse al pasado, había que pensar en las

ventajas. Y mañana vendrían los abogados, a las nueve en punto, con los documentos preparados para la transacción.

EL PROTAGONISTA

ABRIÓ EL LIBRO EN LA PÁGINA 82. La tinta negra de las letras caracoleaba y se extendía perezosa ante sus ojos. El hombre se incorporó desde la línea 8 y le sonrió. Tenía un trocito de espejo en cada pupila y la barba clara. Un mechón súbito marcaba el límite de su frente, que ella ansió acariciar de inmediato. Hermoso, pensó, sin darse tiempo para otra cosa que contemplarlo. ¿Sería el protagonista de qué cuento? No había mirado los títulos. Ella siempre abría los libros en cualquier parte, hojeando de atrás para adelante, y empezaba a leer arbitrariamente el párrafo que llamara su atención.

Él se puso de pie, alisó cuidadosamente su chaqueta marrón, se acomodó el nudo de la corbata y le extendió una mano cálida. Ella se dejó llevar hasta el centro de la página y ambos se sumergieron en el río de palabras que se movían turbulentas y precisas descubriendo un espacio propio.

Era una historia larga de esperas y desencuentros. El personaje se deslizaba por las líneas y hacía piruetas y malabares. Desplegaba sus cartas de mago con la pericia de un prestidigitador ante los ojos atónitos de ella, que leía y leía, sin poder detenerse. Hundida en la menuda vegetación que oscurecía la hoja blanca, sintió quebrarse las sílabas, que ya no alcanzaba a descifrar.

Resbaló dentro de la narración escuchando el chirrido de sus zapatos que se escurrían como azogue. Calma y silencio después. El hilo del relato proseguía inmutable. Dejó que la sal de las palabras quemara sus pestañas.

Llovió sobre la página 83. Goterones de azufre. Llanto de huesos y huracanes. Lágrimas verdes. Muda, ciega y palpitante vio derretirse su caparazón. Una a una cayeron sus pieles de lenta cebolla, hasta descubrir un corazón de pájaro recién nacido.

El protagonista rondaba oficioso restañando heridas, desdoblando los pliegues de lo oscuro. Pero el desamparo crecía con

el invierno. La lámpara ya no fue suficiente. Hubo que encender velas y sostener manos a la entrada de los túneles. Túneles y viento.

Autor, narrador, protagonista y lectora se sustituyen y congregan. Se eternizan en una sola llamarada. El argumento se precipita hasta el borde de las líneas borronadas por el repentino clamor de una lluvia salobre que irrumpe desde adentro. El libro parece germinar entre olores febriles e incitantes.

Sus dedos temblorosos dan vuelta otra página. Un impacto de luz, un deseo secreto apenas formulado, convocan al protagonista que se yergue fuera de la hoja. Alza el rostro y se entrega en un doble beso de trigo y espadas. El contacto ardiente de los labios humanos arrasa a borbotones al hombre de tinta, que retrocede herido y se repliega en el papel, con el castigo enlutando sus ojos.

En un instante el relato recupera su aplomo. El protagonista, ya inaccesible en su distancia, observa a través de las letras. La lectora, silenciosa y lentamente, recoge boca, brazos, garganta y primavera, y cierra el libro en la página 90.